

Emailgelio del 16 de junio de 2024  
Domingo 11 del tiempo ordinario – Ciclo B

Ignacio Itano sm

## Sembrar sabiéndose frágil

En aquel tiempo decía Jesús a las turbas: “El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche, y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega”.

Dijo también: “¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo, en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas”.

Con muchas parábolas parecidas les exponía la Palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado. (Mc 4, 26-34).



Hoy nos sentimos desbordados por una fuerte crisis religiosa y podemos pensar que el evangelio ha perdido su fuerza original, que el mensaje de Jesús ya no tiene garra para atraer la atención del hombre o la mujer de hoy. Es verdad que **no es ahora el momento de “cosechar” éxitos llamativos, sino de aprender a sembrar sin desalentarnos**, con más humildad y verdad.

El evangelio no ha perdido su fuerza humanizadora, Jesús no ha perdido poder de atracción. El Papa Francisco ha pedido a menudo a los cristianos que no hagamos proselitismo, sino que **evangelicemos por atracción e irradiación**.

Se puede sembrar la semilla evangélica a cualquier edad y en cualquier situación personal. Sembramos no solo con nuestras palabras y nuestros gestos explícitamente religiosos sino también, y más verazmente, **con nuestro modo de conducirnos, con nuestra acogida al que se acerca a nosotros, con nuestra conversación, con nuestro interés por las preocupaciones del otro, en particular del más necesitado, por el modo como afrontamos nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro**. Con nuestras actitudes damos a entender si Cristo es Alguien decisivo en la propia vida o es, a lo sumo, un simple añadido suplementario. Si su mensaje está vivo o muerto en nosotros.

El Papa Francisco dice también que, cuando un cristiano no vive una adhesión fuerte a Jesús, “pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie”.

Eso no significa que no podemos sembrar mientras seamos imperfectos. Un autor italiano, Paolo Scquizzato, ha escrito un librito que se titula: “Elogio de la vida imperfecta” y lleva como subtítulo: “El camino de la fragilidad”. Se pregunta sobre qué hacemos y cómo vivimos con nuestras heridas, sobre todo las producidas en nuestras relaciones interpersonales. Responde que “la única solución es vendar nuestras heridas con esa *sustancia* cicatrizante que es el amor: única posibilidad de crecer y de ver las propias impurezas convertidas en perlas”. Si, en todo momento, en lugar de resentimiento, nos esforzamos en cultivar amor, estaremos sembrando alrededor de nosotros la semilla del evangelio.